



Año 1 - N° 2  
2do. cuatrimestre de 2002

Publicación cuatrimestral  
del

SEMINARIO CONCORDIA  
Escuela Superior de Teología  
de la  
IGLESIA EVANGÉLICA  
LUTERANA ARGENTINA

Libertad 1650 (49 N° 7200)  
C. C. 5  
(1655) José L. Suárez Bs. As.  
Tel. (011) 4720-7797. Fax.  
(011) 4729-0345  
[seminarioconcordia@elsitio.net](mailto:seminarioconcordia@elsitio.net)

Editor Responsable

DAMIÁN JORGE FISCHER

[Teologia@web-mail.com.ar](mailto:Teologia@web-mail.com.ar)

Redacción  
Cuerpo Docente del  
Seminario Concordia  
Damián J. Fischer  
José A. Pfaffenzeller  
Antonio R. Schimpf

Agradecemos la  
participación al pastor  
Mario Rusch

## UNA IGLESIA QUE CELEBRA SU SALVACIÓN

«Ciertamente les aseguro -dijo Jesús a sus discípulos, poco antes de morir- que ustedes llorarán de dolor, mientras que el mundo se alegrará. Se pondrán tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría».

Jn 16.20 (NVI)

Cientos de cristianos en nuestro país oran por la nación, por sus familias, por la predicación fiel del evangelio. Cada uno de ellos, día tras día, sale para cumplir con sus responsabilidades, encomendando su vida y la de los suyos en las manos del buen Dios, con el firme convencimiento de que el Señor tiene dominio sobre todos los aspectos de la historia humana. Hermanas y hermanos nuestros que fundados en la roca que es Cristo, la verdad de Dios, procuran engrandecer el nombre del Señor dentro y fuera de sus hogares. Hombres y mujeres que son renovados interiormente en su estudio comunitario de las Escrituras. Ellos se caracterizan por el amor, la compasión, la paciencia, la humildad, el dominio propio, el gozo.

Quizá usted esté pensando que esto es muy ideal. ¡Los cristianos también sufrimos! -podrá decir. Es cierto, los cristianos también lloramos. Es que, aunque no pertenecemos al mundo, somos enviados al mundo. Que *compasión* puede haber si en cierta manera no *padecemos con* los que sufren. «En este mundo afrontarán aflicciones -dijo Jesús-, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo». (Jn 16.33b). Es verdad que no podemos abstraernos de la realidad. ¡No es bueno que lo hagamos! Estamos en el mundo. Sin embargo, no permitamos que se estreche nuestra visión. «...su tristeza se convertirá en alegría»... «Yo he vencido al mundo», es la promesa victoriosa del Señor Jesús, «... nadie les va a quitar esa alegría» (Jn 16.22).

Cuando nos dejamos absorber por las dificultades propias del momento histórico que nos toca vivir, perdemos la perspectiva. Los cristianos, miembros del pueblo santo de Dios, que es la iglesia, somos enviados al mundo con un propósito: anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (1P 2.9). A nosotros, que estábamos muertos en nuestros pecados, Dios nos dio vida en Cristo (Ef 2.5), su resurrección portentosa es confirmación de ello y principio de ese gozo indecible que embarga los corazones de todos los que hemos creído. Cristo no tuvo el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se entregó a sí mismo para hacernos ricos en su reino (Fil 2.5ss.). ¿No habrás de entregarte tu mismo para que muchos sean salvos?

Dios derramó su Espíritu Santo en la iglesia. Su acción, por la Palabra, *crea* corazones limpios y obedientes, renueva en ellos el gozo de la salvación, los afirma en la esperanza que nos dio con sus promesas y abre los labios de cada creyente para que publiquen alabanzas a su nombre. Así, en plena certidumbre, cada discípulo de Cristo toma su lugar en el mundo para ser enseñanza viva acerca de los caminos de Dios. Es Cristo quien vive en cada uno de sus siervos y su reino se hace visible entre nosotros. En medio del caos social y la crisis económica, la iglesia invita a la fiesta de la nueva creación que ya ha comenzado.

Damián J. Fischer  
Editor